**(2)**

**Homilía para la Misa con el clero y los religiosos**

**en la Catedral de Malabo**

**(Malabo, viernes 19 mayo 2017)**

 Viernes de la V semana de Pascua

 Hch. 15,22-31; Sal. 56; Jn. 15,12-17

Queridos hermanos en el sacerdocio,

queridos religiosos y religiosas:

Después del encuentro que acabamos de concluir, nos encontramos en torno al altar de esta hermosa Catedral “Santa Isabel”, en Malabo. La celebración eucarística es un momento privilegiado para vivir la unión íntima con Cristo y entre nosotros a través de la oración, la escucha de su Palabra y la comunión de su Cuerpo y de su Sangre. *“Porque, aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan****”* (1 Cor. 10, 17). La palabra “*comunión*”, según el apóstol Pablo, expresa algo más fuerte que los lazos ordinarios y subraya la unión íntima de los fieles con Cristo. Estando unidos a Él en la Eucaristía, debemos unirnos también entre nosotros, porque recibimos la vida del único cuerpo de Cristo, donado por amor a toda la humanidad.**

Amor y don de sí son dos términos que surgen de las lecturas de hoy, que proponen una enseñanza preciosa y útil sobre cómo comportarse y relacionarse dentro de la comunidad eclesial, sacerdotal y religiosa.

Antes que nada, es necesario recordar que la vocación cristiana, sacerdotal y religiosa es un don gratuito de Dios. “*No sois vosotros los que me habéis escogido a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he constituido para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure”* (Jn. 15, 16). Jesús nos ha elegido; no somos nosotros los que hemos elegido a Jesús. Esta elección no se debe a nuestros méritos ni a una condición de alto nivel social o cultural. Esta elección es parte del mismo misterio de Dios, rico en misericordia y lleno de amor. De modo que ha de comprenderse y vivirse con verdad de fe y caridad de obras. En respuesta al don de la vocación solamente debemos entregarnos enteramente a Dios y a su Hijo Jesús, como meros instrumentos al servicio de su designio universal de salvación. Debemos dejarnos modelar por Él, de la misma forma que la arcilla se deja modelar por el artesano. Nosotros tenemos necesidad de Él, pero también Jesús quiere necesitar de nosotros y de nuestro trabajo para poder continuar hoy entre la gente las obras que hacía entre sus contemporáneos, especialmente por los pobres y los sencillos.

Jesús llama a los discípulos amigos, y no siervos: *“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando”* (Jn. 15, 14), es decir: la práctica del amor hasta el don total de sí. Mientras los invita al amor y al don de sí, les presenta un ideal altísimo para la vida de sus discípulos. Dice: “*Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo. A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído al Padre os lo he dado a conocer*” (Jn. 15, 15). Jesús ya no tenía secretos para con sus discípulos. Les cuenta todo lo que ha oído al Padre. He aquí el estupendo ideal de la vida de comunidad: alcanzar una transparencia total, hasta el punto de no tener ya secretos entre vosotros y poder confiar plenamente los unos en los otros, poder hablar de la experiencia que tenéis de Dios y de la vida y, de este modo, poder enriqueceros mutuamente. Los primeros cristianos conseguirían este ideal después de muchos años. “*Tenían un solo corazón y una sola alma*” (Hch. 4, 32; 1, 14; 2, 42. 46). Sabed que, en vuestras comunidades, quien busca la propia felicidad vive en el egoísmo y se aleja del amor. Quien, por el contrario, desea vivir en el amor, debe renunciar a la propia felicidad, abrirse a los demás. En este sentido, el Papa Francisco declara: *“Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos”* (*Evangelii Gaudium*, nº 87).

El amor que Jesús manda a sus discípulos exige, por tanto, el don de sí, la dedicación total por el bien del prójimo, el rechazo categórico de toda forma de egoísmo y de exclusión. *“Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”* (Jn. 15, 13).

Su mandamiento es solamente uno: “*amarnos como Él nos amó*” (cf. Jn. 15, 12). Al decir esto, Jesús supera el Antiguo Testamento, que enseñaba según este criterio: “Amarás al prójimo como a ti mismo” (Lev. 18, 19). Ahora, sin embargo, el nuevo criterio es Jesús mismo: “*Amaos como yo os he amado*” (Jn. 15, 13). Él se propone explícitamente como el modelo y la medida del amor entre los discípulos. Se revela como maestro que indica -no solo con la palabra, sino también con la vida- el camino a seguir para amar como Él, es decir, renunciar a sí mismo y tomar la cruz. Un aspecto de tal “*negación de sí mismo*” se manifiesta en las renuncias asociadas al compromiso de comunión que vosotros, sacerdotes, estáis llamados a actuar entre vosotros y con el obispo (cf. *Pastores dabo vobis*, 74). Para animaros a cumplir tal compromiso, os basta pensar que Jesús ha querido instituir el sacerdocio ministerial en el marco de una comunidad y comunión sacerdotales. Él reunió un primer grupo, el de los Doce, llamándolos a formar una unidad en el amor mutuo. A esta primera comunidad “sacerdotal”, quiso que se agregaran otros cooperadores. Al enviar a los setenta y dos discípulos -como también a los doce apóstoles- a la misión, los mandó de dos en dos (cf. Lc. 10, 1; Mc. 6, 7), tanto para la ayuda recíproca en la vida y en el trabajo, como para que se crease un hábito común y ninguno obrara como si estuviera solo, independiente de la comunidad-Iglesia y de la comunidad-apóstoles.

Queridísimos hermanos y hermanas, contra las divisiones que puedan surgir en vuestras comunidades, como la rivalidad, la exclusión y el rechazo del otro por diferencias étnicas, de clase, de religión o de opinión, os exhorto a acoger el mensaje de amor de Jesús, que abraza, se da y perdona. En tal sentido, resulta edificante la decisión de los apóstoles y de los ancianos durante el primer Concilio de Jerusalén,

Como hemos oído en la primera lectura, en contra del deseo de algunos miembros de excluir a los paganos de la comunidad eclesial de Antioquía, ellos, por el contrario, decidieron acogerlos y no imponerles otra obligación más allá del abstenerse de la carne ofrecida a los ídolos, de las prácticas paganas y de las uniones ilegítimas (Hch. 15, 22-31). Este episodio saca a la luz la fuerza de la comunión eclesial y nos revela cuánto bien hace a la Iglesia el abrirse al diálogo y a la escucha, a incluir y no a excluir. En efecto, amar como Jesús ama significa reunir, incluir, dar espacio a los otros, ser misericordioso. A este respecto, el Papa Francisco invita a los cristianos a incluir a todos, así como lo ha enseñado Jesús: “*sin clasificar a los demás en función de su condición social, lengua, raza, cultura, religión: ante nosotros tenemos a una persona a la que amar como la ama Dios… El Evangelio llama a todos a formar una familia de hermanos y hermanas, en la justicia, en la solidaridad y en la paz, y ha de ser parte de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo*” (Papa Francisco, Audiencia Jubilar, sábado 12 noviembre 2016).

 “*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros*”, dice Jesús (Jn. 13, 35).

Queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, para una identidad sacerdotal y un ministerio cada vez más auténtico y creíble, os recomiendo que imitéis al Santo cura de Ars, que enseñaba a sus parroquianos, sobre todo, con el testimonio de su vida. Su corazón estaba bien fundado en el amor a Dios y a los hermanos. Era pobre y cuidaba de los pobres. Su única preocupación era la salvación de las almas. A ejemplo suyo, edificad a vuestros fieles con el ejemplo de una vida personal y comunitaria fundada en el amor de Jesús (Jn. 15, 9) y marcada por una gran pasión en la cura pastoral de las almas. Invoco sobre cada uno de vosotros y sobre esta Iglesia de Malabo, la plenitud del don del Espíritu Santo, para que lleguéis a ser, en Cristo, *un solo cuerpo y un solo espíritu*. María, Madre Nuestra y Reina de África, nos acompañe. Amén.